



Nº 34, 1999

LA CAÍDA DEL MURO DE BERLÍN

Walter Franco Serrano*

Con mi esposa y mi hija Constanza decidimos aprovechar los días festivos por un nuevo aniversario de la Revolución de Octubre, para viajar de Moscú a Berlín Oriental. Fue nuestro primer viaje desde que nos instaláramos en la capital soviética en septiembre de ese inolvidable año de 1989, que cambiaría el curso de la Historia.

Esa noche de comienzos de noviembre, en el aeropuerto internacional de Sheremétev, luego de los respectivos trámites de aduana y migratorios y de una espera de más de una hora, ocupamos nuestros puestos en el Tupolev de Aeroflot. El pasajero sentado a mi lado junto a la ventana, en el compartimiento de primera clase, era muy joven y me dijo ser profesor de escuela en un pueblito perdido en la inmensidad de la geografía de la URSS; me confesó que sus alumnos hicieron una colecta para pagarle su pasaje de estadía en Berlín Oriental, simple gesto que revela todo el universo de sentimientos del alma rusa. Me dijo también haber realizado un viaje de cuatro días hasta llegar a Moscú, y que era su primera oportunidad de salir al extranjero y por avión.

¡Toda una aventura para él!

Miraba nervioso y atento cada uno de los pormenores que preceden siempre al despacho de un vuelo, el embarque de los pasajeros, las instrucciones de las azafatas, los anuncios luminosos en la pantalla de la cabina, en fin.

El TU con su pasaje y tripulación completos. Luego del cierre de sus puertas, dejó lentamente el muelle de la terminal y se encaminó por el taxiway hasta la cabecera de la pista asignada por la torre de control.

Teníamos una gran ansiedad por llegar lo más pronto posible a nuestro destino y conocer la vieja y bella capital del Reich, a esa dualidad creada por la “Guerra Fría” y el enfrentamiento de las grandes potencias.

Mi compañero de viaje, de pelo rojizo, ojos muy celestes, enjuto de cuerpo, no dejaba de hablar para calmar sus nervios.

Un vuelo casi normal

El TU se acomodó en la cabecera de la pista y puso plena potencia a sus motores para iniciar el despegue. Sentimos cómo la nave se estremecía al iniciar su carrera para desprenderse de la tierra. Transcurrieron cinco o diez

*



segundos, quizás más, quizás menos, cuando de súbito el decolaje se interrumpió al cortarse la potencia de los motores. Nos miramos alarmados, sin lograr explicarnos cuanto ocurría; pues estábamos convencidos de que si un avión no logra despegar debía estrellarse o explotar a media pista. No sabíamos entonces que el comandante de una nave puede abortar un despegue al llegar a cierta distancia o punto crítico si no está seguro o desconfía por algún motivo de la bondad técnica del aparato y que el hacerlo no conlleva riesgo para los pasajeros. Esto lo supimos más tarde, cuando un Tupolev de Cubana de Aviación se destrozó en el aeropuerto de Quito al demorarse por fracciones de segundo su piloto en abortar el vuelo.

Efectivamente la jefe de azafatas nos indicó que regresábamos a la terminal para cambiar de avión. Mi compañero de asiento, el joven profesor, tuvo así una primera experiencia inquietante por cierto, de lo que significa la navegación aérea que felizmente hasta ahora es el medio más seguro de transporte.

En la pequeña sala de la terminal a la que nos llevaron, intercambiamos experiencias con mi esposa e hija y llegamos a la conclusión que gracias a la destreza del capitán de la nave estábamos aún con vida.

Esperamos algún tiempo, nos aburrimos lo suficiente, hasta que al fin nos comunicaron que podíamos subir a bordo del nuevo avión. Lo hicimos. Ocupamos nuestros sitios, y ya cerca de medianoche despegamos esta vez sí, con éxito, hacia la capital de la RDA. Mi amigo el profesor de agarraba muy fuerte de los brazos de su asiento y fingía ser consumado viajero del aire. Como estábamos en primera clase nos ofrecieron champaña de Odesa, comida fría a base de pollo, vino de Moldavia, la correspondiente ración de caviar, coñac de Armenia, todo servido amablemente por chiquillas de Aeroflot.

Así transcurrió el vuelo. El joven pelirrojo me contaba sus experiencias como docente en un pueblo pequeño, yo, de cosas de mi país y su geografía. Nos llenamos de nostalgias. Era un joven muy perspicaz e inteligente, hablaba fluidamente el inglés, también el alemán, me dijo. Y así transcurrió el tiempo hasta que nos anunciaron que estábamos por aterrizar en el aeropuerto de Schoenefeld de Berlín. La nave inició la maniobra respectiva y empezó a descender muy despacio en vuelo de aproximación a la pista iluminada que le indicaría al comandante del TU que una nueva etapa de su itinerario estaba por cumplirse.

Aterrizamos sin novedad y ya en el terminal pasamos por los trámites de inmigración y aduana. Salimos entonces a buscar un taxi que nos llevara hasta el hotel Metropol en donde teníamos confirmadas las reservaciones; pero a esa hora de la madrugada brillaban por su ausencia, el de turno había ido a dejar pasajeros aunque no demoraría en regresar, según nos informaron.

Esa madrugada berlinesa era bastante fría. Mi esposa y mi hija conversaban con un grupo de muchachos, entre ellos dos turcos, un inglés. Uno de los funcionarios de la terminal me sugirió que tomara el metro que distaba apenas



dos cuabras y me dejaría en el centro también a dos cuabras del hotel. Efectivamente, varios pasajeros se encaminaban hacia la estación del metro que se veía cercana, pero el consejo no me agradó porque ¿Qué me hacía yo, con maletas, a pie, en plena madrugada y con familia en una ciudad que no conocía? Por tanto, preferí esperar. Efectivamente, luego de un rato asomaba el taxi de turno y en él pusimos rumbo al añorado descanso.

Al joven profesor soviético le perdí de vista en cuanto comenzamos los trámites migratorios: él, al igual que nosotros, no sospecharía tan siquiera que sería testigo privilegiado de una aceleración histórica imposible de predecir y que, a su vuelta, tendría mucha materia prima para conversar con sus alumnos y retribuirles así toda su generosidad.

Primera visión de Berlín y del “muro”

La de ese domingo, nuestro primer domingo en Berlín, fue una mañana hermosa, llena de sol, bastante fresca. Queríamos recorrer palmo a palmo la vieja capital, de modo que salimos del Metropol repletos de curiosidad en los ojos y con todo el día para nosotros, pues, los amigos con quienes pasaríamos el resto de la semana estaban aún en Leipzig. Así que caminamos lentamente dejándonos impresionar por esa visión de la ciudad que cobijada por una atmósfera irreal nos invitaba a conocerla.

Tomamos la Under den Linden y comenzamos a mirar sus vitrinas, muy atractivas, bien decorada, que contrastaban con las de Moscú de aquellos años tan vacías pese a los esfuerzos del gobierno soviético por resolver la crisis que envolvía a la inmensa nación.

Las vitrinas siempre ejercen una gran fascinación sobre las mujeres, así como ellas sobre los hombres, en esto reside creo yo todo el proceso filosófico del desarrollo social, inclusive del consumismo.

En fin, seguimos caminando despaciosamente “bajo los tilos” y paseando casi sin rumbo cierto, cuando... de súbito, se nos apareció la “Puerta de Brandemburgo”, imponente, pero lejana, fría, desolada. A esa hora de la mañana éramos pocos los turistas que silenciosamente mirábamos desde las vallas de seguridad ese lejano mundo del “otro Berlín”, desde el cual decenas de figuras nos saludaban agitando sus manos y pañuelos. Al comienzo, en verdad, no sabíamos que nos hallábamos frente al “muro”, a la parte más vistosa de él. La primera impresión que tuvimos fue la de estar ante “algo interrumpido” en su normalidad ciudadana. Demoramos unos cuantos espacios de tiempo en procesar la realidad de esa superficie desolada por la cual circulaba solamente el viento y esa absurda separación de dos bloques impuesta por las potencias hegemónicas. Y allí permanecimos apoyados en la baranda de la valla en meditación ante aquella realidad fantasmal. Nos tomamos varias fotos con la Puerta de Brandemburgo de fondo y luego, silenciosamente continuamos nuestro recorrido por la ciudad.



Berlín Oriental era bella, imperial, imponente, majestuosa, fría... sí, no se podía negar, lo delataba su silueta urbana; mas mis preferencias desde entonces fueron irremediablemente para ella. El “otro Berlín” que quería conocer más tarde me parecía demasiado “escaparate” o algo “ya conocido”. Y nos dejamos llevar por sus calles bordeando el río, por la silueta de sus edificios ministeriales, por el viejo Reichstag, por su catedral, por sus teatros de ópera, llenándonos de un gran mensaje estético. No he vuelto a Berlín desde aquellas fechas y presumo que con todas las obras monumentales que se han realizado luego de la reunificación para convertirla de nuevo en la “capital de Alemania”, la ciudad tendrá otra fisonomía distinta a la que conservo en mis recuerdos.

Mas en aquel entonces era por demás cautivadora, se la sentía vibrante y si uno cerraba los ojos era fácil recrearla bajo la república de Weimar y sus grandes soñadores, con la época romántica de sus cafés y su “Cabaret” de las producciones de la UFA; o también escuchar a esas gentes infinitamente repletas de angustia deambular por sus calles durante la gran depresión, antes de la llegada de la opresiva parafernalia nacionalsocialista con sus estandartes y banderas, sus desfiles marcando el paso de ganso, mientras la voz estridente del Fuhrer convocaba a la demencial violencia de una nueva guerra de exterminio total. Sí, todo esto experimenté al caminar por sus calles y lo comenté con mi mujer y mi hija.

Pero algo que nos llamó la atención fue el gran número de corresponsales de la prensa extranjera que discurrían por las calles con sus cámaras al hombro o conversaban en el vestíbulo del hotel. ¿Acaso ellos olfateaban los próximos acontecimientos? Cierto es que por la radio de nuestra pieza del Metropol escuchábamos las constantes arengas de las emisoras occidentales que acentuaban sus consignas anticomunistas e incitaban a los alemanes en contra del régimen imperante en la RDA, pero a nosotros nos parecía que todo ello formaba parte del normal escenario de la “guerra fría” al que nos tenían acostumbrados los dos bloques en pugna.

Pequeño interludio

En los escasos días siguientes, escasos porque se acercaba a pasos agigantados el vuelco de la Historia tan imposible de vaticinar, continuamos en nuestra despreocupada actividad turística visitando museos, sitios históricos, almacenes y restaurantes.

Una de las tardes nos invitó el Embajador Ramiro Silva del Pozo a un largo almuerzo en su residencia situada en el exclusivo barrio Pankov, y allí, con su clásica bonhomía y don de gentes, en compañía de la guapa y encantadora Marifé, su hija, nos dispensó una acogida inolvidable, tanto a los amigos con los que estábamos como a mi familia. Le acompañaban también el Cónsul Edmundo Vivero y su esposa. Conversamos mucho acerca de su experiencia como jefe de la Misión Diplomática en Moscú y de la reciente adquirida en Berlín, de comunes amigos de Madrid y de la URSS. Revisamos los más variados temas: viajes, política, literatura, excepto, claro está, el de una posible



“reunificación alemana”, eso parecía tan lejano e improbable, dada la dureza por todos conocida del régimen imperante en la RDA.

Entre otras impresiones yo contaba cómo en uno de los almacenes, por cerciorarme de la calidad de un chaquetón, la dependienta a cargo me propinó un fuerte golpe en la espalda como si yo fuera un “kamarada” cualquiera, en actitud que contrastaba con la que recibíamos en el hotel, por ejemplo. Esto dio pábulo para conversar de una y mil anécdotas sobre el “delicado trato socialista” que imponía cierta burocracia inmovilista y paquidérmica del partido omnipresente.

Y sucedió en el CCHPCH

Otra tarde, fue precisamente la del 9 de noviembre, muy entusiastas Edmundo Vivero y su gentil esposa nos invitaron a almorzar en un restaurante de mucha elegancia pero cuyo nombre se me ha escabullido de la memoria, daba la impresión de ser uno de esos de la época romántica por la cortesía del servicio y su decorado.

Dejamos que la tarde transcurriera entre la excelente comida, amena charla, mejor vino y cuando nos dimos cuenta, ya las sombras tempraneras anunciadoras del invierno comenzaban a caer sobre la ciudad, entonces decidimos pasar a Berlín Oeste a comprar periódicos, recuerdos, tal vez ir al teatro o sencillamente a mirar vitrinas.

En el puesto fronterizo tuvimos algún problema porque la visa que nos diera la embajada de la RDA en Moscú no era múltiple sino restringida. Edmundo Vivero habló con el oficial a cargo y autorizaron nuestro paso. Era la segunda o tercer vez que pasábamos esa frontera, mas fue la primera para detenernos a visitar el famoso museo de Check Point Charlie. El Cónsul, un excelente cicerone, nos hizo observar la prolijidad con que fueran trabajados los uno y mil artilugios empleados por los este alemanes para cruzar el tétrico muro; y, lógicamente nos admiramos del ingenio y astucia desplegados para esconderse de la mirada del Statsi como también del valor, la audacia y la desesperación de quienes arriesgaron su propia vida y apostaron a lo imposible y fortuito con tal de llegar al “otro territorio”.

El Muro en cifras

¿Pero, qué era el MURO? Muchos lo han visto en fotografías, en el cine o la TV, pero la frialdad de las cifras revela lo demencial de este “monumento” a la irracionalidad de la “guerra fría”. Veámoslo: dos altas paredes continuas y paralelas de 160 km de longitud, 250 torres de vigilancia, 5.500 reflectores, 14 mil guardianes con 260 perros policías. Se decía que con el hilo de sus alambradas era posible dar vuelta y media a la circunferencia de nuestro planeta.



Por otra parte, la Statsi (Servicio de Seguridad del Estado) tenía fama de ser el mejor servicio secreto del mundo pues contaba con 86 mil funcionarios y quinientos mil soplones, sus archivos poseían cinco millones de fichas con datos personales; es decir todo un formidable aparato de represión.

El museo de Check Point Charlie con todas sus evidencias y despliegue fotográfico era un irrefutable testimonio de quienes no se dejaron subyugar y desafiaron la implacable vigilancia de la Statsi.

Luego de salir del museo fuimos a la Unter den Linden y por ella, hasta dar con el famoso “muro” lleno de grafitis que lucían muy llamativos bajo la luz cegadora de los reflectores de la televisión americana dispuesta a captar todo cuanto pudiera ocurrir esa noche. ¿Cómo sabían los periodistas que “algo” estaba por ocurrir? O, dicho de otro modo, ¿por qué nosotros no sospechábamos nada? Claro, nos volvió a sorprender la actividad de la TV, la de los berlineses del oeste que, trepados al muro, oteaban los movimientos de cuanto ocurría más allá de esa tierra de nadie y en donde la Puerta de Brandeburgo se erguía hierática como diosa inmutable concedora ella sola del destino de los hombres.

Descendimos del auto y nos aproximamos al “muro”, festejamos muchos de los grafitis, nos tomamos varias fotos que luego serían “históricas”, paseamos despreocupadamente un buen rato como si nada ocurriera en el mundo, y luego nos embarcamos de nuevo rumbo esta vez al Eurocenter a mirar vitrinas, comprar los últimos recuerdos, regresábamos a Moscú al día siguiente, y luego a cenar en uno de los tantos restaurantes del lugar. La conversación fue distendida y agradable y terminados los postres decidimos mirar Berlín Oeste de noche. Pero al salir del Eurocenter la agitación reinante en la ciudad era más que evidente, docenas de personas acudían presurosas hacia algún sitio determinado, el ambiente y la atmósfera eran distintos, “algo estaba ocurriendo” y nosotros no lo sabíamos. Averiguada la razón de todo ello nos dijeron que los pasos entre los dos sectores estaban abiertos y que los este alemanes tenían libertad completa de ingresar en Occidente. Entonces nos encaminamos hacia Check Point Charlie (CHPCH como lo llamaremos en adelante) en donde una gran multitud impedía el paso, hombres y mujeres por igual celebraban con gran entusiasmo el acontecimiento. La champaña y el coñac eran tomados con alegría y hurras cada vez que berlineses orientales entraban un poco temerosos al sector americano. Ante la imposibilidad de cruzar la frontera por allí, Edmundo Vivero decidió probar suerte por el puesto inglés, pero al llegar al mismo nos devolvieron por donde habíamos venido, puesto que los diplomáticos acreditados ante la RDA sólo podían cruzar por el CHPCH, y nos anticiparon que si intentábamos cruzar por el sector francés nos sucedería cosa igual. Entonces no tuvimos más que regresar y esperar que se tranquilizara el fervor de los berlineses occidentales para retornar al sector oriental. Y así, por causa fortuita fuimos aquella noche del 9 y madrugada del 10 de noviembre de 1989 testigos privilegiados de un hecho histórico excepcional.



Noche de emociones

Recuerdo sobre todo a una pareja, casi de chiquillos, ella rubia, de pantalones y chaqueta de jean celeste, que muy abrazados, como protegiéndose de una muerte segura, cruzaban de un sector a otro con sus ojos llenos de susto, a ratos se detenían creyendo escuchar ya las ráfagas de ametralladoras sobre sus espaldas, pero los del oeste les alentaban a completar el trayecto y, cuando al fin traspusieron la puerta de acceso al CHPCH les recibieron con muestras de excepcional afecto, con abrazos y hurras; la jovencita, de ojos muy claros, no logró contener más su emoción y se puso a llorar contagiando a su compañero. Observe, asimismo, que varios berlineses del Este, apenas ingresaban a Occidente, lo primero que hacían era buscar una cabina telefónica para llamar seguramente a sus parientes y amigos y contarles que estaban a salvo.

Fue una noche llena de emociones, de intensas emociones, inclusive para nosotros que presenciábamos ese hecho histórico tan inesperado. Por un rato largo estuvimos mirando cuanto ocurría hasta que el Cónsul y su esposa nos propusieron volver al Centro para ver qué sucedía por esos lados.

Cuando llegamos todo era una gran fiesta y un gran alboroto, decenas y decenas de autos desfilaban, los pequeños transbravant del Este junto a los mercedes y bmw occidentales, hacían sonar sus bocinas, todos se saludaban agitando sus manos con intenso afecto. Esa emoción, es verdad, es ahora difícil de describirla, pero nosotros lo que hicimos fue incorporarnos a la caravana motorizada tan llena de entusiasmo y dimos algunas vueltas por las calles del sector. Todos éramos amigos, todos éramos conocidos, todos celebrábamos con júbilo el acontecimiento. Se abrieron de nuevo muchos cafés y bares para agasajar a los visitantes e inclusive se anunció que se otorgaría una cantidad determinada de marcos para que los este berlineses disfrutaran de ese momento de gloria victoriosa.

Pero en verdad, ¿Qué festejábamos cuantos esa noche de noviembre participamos en esos actos multitudinarios? ¿Qué celebraban los directamente interesados, esto es los berlineses de las dos zonas? ¿Era quizás un anticipo de la “reunificación” tan soñada pero tan difusa y difícil de lograr?

Luego de haber participado una hora quizás o menos, de ese carnaval eufórico, decidimos retornar al CHPCH para ver si ya podíamos pasar a Berlín Oriental, mas sólo comprobamos que el entusiasmo de la gente allí congregada no disminuía y que estaban empeñados en permanecer hasta que llegara la plena luz de un nuevo día.

Después supimos que cerca de cincuenta o sesenta mil personas cruzaron a Occidente, esa noche del 9 y madrugada del 10; y que, durante ese día fueron más de medio millón.



De modo que permanecemos dubitativos por un momento, no sabíamos qué hacer, era imposible atravesar con un auto ese “muro humano” que sólo se abría para los que ingresaban al Oeste. Para nosotros era imperioso retornar a la capital de la RDA, pues teníamos confirmado el vuelo de Aeroflot a Moscú para esa mañana del 10, y nadie estaba en condiciones de predecir qué ocurriría en las próximas horas, a lo mejor los del PSUA se desdecían de sus buenos propósitos, entonces sí que nos veríamos en graves apuros. En momentos de gran confusión y trastorno político como el que podía ocurrir, no hay pasaporte diplomático que proteja al desprevenido, así que nuestro anfitrión y amigo, el Cónsul Edmundo Vivero, resolvió dejar su auto bien guardado y con las debidas seguridades y sin más que nuestros afanes saltamos la pequeña valla del CHPCH y bajo la cegadora luz de los reflectores nos dirigimos hacia Berlín Oriental. Los guardias fronterizos ni siquiera pidieron nuestras identificaciones y nos internamos por las calles de la vieja ciudad que a esa hora de la madrugada aún dormía como ausente de los sucesos que ocurrían; pues, por ejemplo, nos encontramos con muchas personas que seguramente recién se enteraban de la noticia y presurosos se habían levantado de sus camas para acudir a esa cita con el destino. Se detenían para preguntarnos si era cierto que existía libre circulación entre los dos sectores y nosotros, en alemán, en ruso, en castellano, les decíamos que sí, que no existía impedimento alguno para llegar a Berlín Occidental.

Mientras caminábamos rumbo al Metropol llenos de emoción por todo lo ocurrido, y cuya protección y dimensiones exactas no alcanzábamos a comprender; intuíamos que algo histórico y de mucha magnitud habíamos presenciado y vivido pues, nos constaba como los berlineses de los dos sectores se abrazaban y regocijaban por estar juntos de nuevo como miembros de “una nueva familia”, luego de largos años de ausencia e incomprendimientos. Esto que digo no se basa en cuanto ocurrió después sino porque es reflexión de aquello que experimentamos esa noche confundidos entre hurras y alegrías de seres humanos despojados de los prejuicios políticos que los habían separado. Creo sinceramente, que esa noche no se trató de un “Muera la RDA” ni un “Viva el Occidente”, sino la clara demostración de un “Al fin estamos unidos”, que es más importante. Y ese sentimiento facilitó, pienso yo, el proceso de las “Conversaciones 2 más 4”.

Al llegar al Hotel Metropol, y luego de conseguir un taxi, nuestro anfitrión y amigo, Edmundo Vivero y su esposa se despidieron de nosotros y se fueron para su residencia; nosotros, a descansar lo poco que restaba de la madrugada, pues antes de las diez de la mañana debíamos estar listos para ir al aeropuerto.

Efectivamente, a la hora convenida ya estábamos en el lobby del hotel a espera de que nos recogiera un taxi, pero demoramos un buen rato pues, la ciudad estaba conmocionada, el hotel estaba conmocionado. Al fin uno de los eficientes y responsables botones nos consiguió uno de no sé dónde, y embarcados en él pusimos rumbo al aeropuerto de Schoenefeld, pero atravesamos una ciudad distinta, ya no era la tranquila Berlín Oriental tan



agradable de caminar y pasear, una atmósfera desconcertante y espectacular reinaba por doquier, temíamos quedar en cualquier momento atrapados dentro de esa desbordante multitud que buscaba ir al “otro Berlín”.

Llegamos finalmente a la terminal aérea muy conmovidos por todo lo presenciado la noche anterior y esa mañana en la calles de los dos sectores, y, con la certeza de haber vivido una etapa de insospechada aceleración de la Historia, cuya siguiente página también tendríamos que vivir en Moscú en 1991, cuando se desintegró y desapareció la URSS, luego de los tratados de Minsk y Alma Ata; pero esto ya es otro capítulo de mis “Recuerdos de Viaje”.

Algunas referencias históricas

1989

Mayo 7 Se realizan elecciones “comunales” en toda la RDA y el Partido Socialista Unificado de Alemania (PSUA) en el poder obtiene el 99 por ciento de la votación.

Septiembre Vacacionistas este alemanes en Hungría y Checoslovaquia solicitan a los gobiernos de estos países se les permita trasladarse a la RFA, pues no desean retornar a la RDA.

Septiembre 10 El gobierno húngaro autoriza a cincuenta mil vacacionistas a pasar a Austria. Poco más tarde hacen lo mismo las autoridades de Praga y Varsovia.

Octubre 7 Se celebra con mucha pompa el Cuadragésimo Aniversario de la Fundación de la RDA. Asiste Mijail Gorbachov y su foto con Erich Honecker circula por todo el mundo. Se escuchan gritos contra el PSUA.

Octubre 9 En Leipzig se realiza una gran manifestación de cien mil personas, según unos, y 300 mil, según otros, en contra del gobierno. La policía no actúa contra ellas. Hay manifestaciones también en Dresde y otras ciudades.

Octubre 10 El Secretario General Erich Honecker pierde su cargo tras 18 años en el poder. Le sucede Ego Krenz.

Noviembre

Un millón de este alemanes se manifiestan en Berlín Oriental en contra del PSUA.

Gunther Schaboski, Jefe de Prensa del PSUA, anuncia que el gobierno ha expedido la nueva “Ley de Viajes”, y que, a partir de ese instante los ciudadanos de la RDA podrán ir a la RFA, inclusive a Berlín Occidental, sin restricción alguna.



En ese momento cayó el “Muro de Berlín”.

Algunas reflexiones

Aunque la situación que reinaba en la RDA en 1989, era de mucha inquietud social, ¿Meditaron sus dirigentes en los efectos y repercusiones que tendría la expedición de la nueva “Ley de Viajes” que se aprobó la noche del 9 de noviembre?

¿No habría sido más prudente regular progresivamente la libertad de movilización entre las dos Alemanias?

¿Buscaron a propósito con la nueva Ley provocar el colapso del sistema a fin de propiciar la “reunificación” como única panacea milagrosa para todos los males que afectaban a la RDA?

En el “mundo socialista” era muy común pensar que el Occidente tenía las respuestas y remedios para todos los males que no había logrado solucionar el “orden y mando”. Claro que al igual se piensa en muchos de nuestros países a pesar de conocer las contradicciones y defectos del egoísmo capitalista. Por eso en las elecciones parlamentarias que se realizaron en las naciones de la órbita de Moscú durante 1990 y 1991, los partidos de oposición “barrieron” con los partidos de gobierno; aunque luego, en elecciones posteriores ya no hubo el mismo fervor, como es lógico suponer.

Muchos comentarista sostienen que la intensa campaña de los medios de prensa, TV y radioemisoras de Occidente tuvo un papel protagónico en la caída del “muro”, pues el flujo de la libre información es mortal para toda dictadura. Sobre este aspecto hay mucho para reflexionar y discutir.

Lo que sí es inobjetable es que en el caso de la URSS, a partir de la Perestroika, la transmisión televisiva de las sesiones del Parlamento a toda la inmensa nación, produjo un movimiento de ideas y opiniones extraordinariamente apasionante, que no sólo provocó la desaparición de la URSS, sino, lo que es más importante, hizo que los ciudadanos adoptaran como suya la Glasnot que creo que es el soporte de la sociedad rusa actual. Discusiones como las que sostuvieron Mijail Gorbachov y Andrei Sajarov en el seno del Parlamento, no sólo son antológicas sino también paradigmas de cualquier democracia.

Seguramente existen ya publicados muchos documentos oficiales de las Cancillerías de la RDA – RFA, sobre este tema, pero que no están al alcance de mis normales fuentes de información, sobre todo los referentes a los pormenores y entretelones de las así llamadas “Conversaciones 2 más 4”, que me habrían permitido con mayor precisión formular estas y otras reflexiones. En todo caso considero que fue tan vertiginoso el proceso iniciado la noche del 9 de noviembre de 1989, que muchos valores intrínsecos de la RDA fueron omitidos en bien de la “reunificación”. Sobre este particular basta con citar las



palabras dichas por Willy Brandt el 2 de octubre de 1990, en una entrevista a la BBC “...existen mayores motivos para no regocijarse que para festejar con champaña (la “reunificación”), porque lo que les espera a nuestros hermanos del Este no es nada placentero”.